CELESTE

POEMA

EN TRES CANTOS Y UN EPÍLOGO

POR

MANUEL JOSÉ GARCÍA

Licenciado en Filosofía y Letras.

MADRID
IMPRENTA DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm 6.

1904

CELESTE

451:2

CELESTE

POEMA

EN TRES CANTOS Y UN EPÍLOGO

POR

MANUEL JOSÉ GARCÍA

Licenciado en Filosofía y Letras.

MADRID
IMPRENTA DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm 6.

1904

DOS PALABRAS

Querido lector:

Creo que este librejo no necesita prólogo; por eso no he querido molestar á ninguno de mis buenos amigos para que lo hiciera. El inolvidable Blasco decía en cierta ocasión, que si buscaba un prologuista entre sus colegas de la república de las Letras, le obligaría á mentir, diciendo que su libro era precioso.

Como yo no trato de hacerme cómplice de ninguna mentira, no quiero comprometer á nadie obligándole á que cargue su conciencia con un pecado á cuenta de otro. Repito que creo que no hace falta prólogo, pero sí una explicación de por qué sale á luz esta obra.

Sin duda, lector benévolo, apenas hayas visto el título, te habrás dicho: *O el autor es un héroe, ó es un inocente.* Ni lo uno ni lo otro.

No creas que me figuro que se van á arrebatar los ejemplares de las librerías; ni van á

tener que formar cola los lectores, delante de Fe ó Suárez, haciendo precisa la intervención de la guardia montada; nó, no soy tan inocente. Sé que obras muy buenas, de autores conocidísimos y celebrados, se mueren en los escaparates de las librerías; y si ello es así, ¿cómo á mí, escritor casi desconocido, me va á ocurrir lo contrario?

Inútil es decir que yo jamás soñé con ver impreso este poema, pues al escribirlo no lo hice con más intención que la de ensayar mis fuerzas, después de haberlo hecho con la poesía lírica y dramática.

La impresión de este libro no obedece al deseo de hacerme rico, ni mucho menos: ya sé que en estos tiempos en que el periódico absorbe al libro, nadie lee éstos... como no sean prestados ó regalados: el darle á luz obedece... á eso: á la *obediencia*.

Mi queridísimo amigo, el noble prócer don Manuel Pérez de Guzmán y Boza, marqués de Jerez de los Caballeros, supo en cierta ocasión que allá, por los años de 1895 y en el lapso de cincuenta y nueve días (del 20 de junio á 18 de agosto), había yo escrito un poema titulado Celeste: mostró deseos de conocerlo, no hubo de disgustarle, y magnánimamente se propuso representar una vez

más el noble papel de Mecenas, que ya en tantísimas ocasiones había desempeñado con otros escritores.

Del pensamiento á la realización no ha habido más que un paso; así es que nos repartimos *ipso facto* los papeles, conviniendo en que Ducazcal aceptara el de *difundidor,* por medio de sus cajas y máquinas; yo, el de cristiano *productor,* y el Marqués, el de... *pagano.*

Así las cosas, no había más remedio que resignarse, y me resigné. Ya sabes tanto como yo, lector amigo.

Producto de esta *trimurti* es la obra que te presento: si te gusta, aplaude; si nó, silba ó haz lo que quieras: en un caso y otro, ya sabes á quién debes tu satisfacción, ó tu disgusto.

Al Marqués.

El Autor.

CELESTE

CANTO PRIMERO

HISTORIA DE UNOS AMORES

I

¿Conocéis de la Asturias pintoresca
los preciosos paisajes?
¿Recordáis su arboleda, sus ramajes,
y su campiña siempre verde y fresca?
No cabe duda, nó; para ella sola
se ha inventado esa frase que la eleva,
pues con orgullo lleva
de *Suiza española*
el hermoso dictado,
sobrenombre tan justo y merecido,
que con dificultad se habrá aplicado
otro con más razón y buen sentido.
La parte de la costa,

por regla general bastante angosta,
sembrada de arrecifes y peñascos,
casi admitir no puede embarcaciones,
pues son inaccesibles posesiones
las de Astures, de Cántabros y Vascos.
Es su vista, en conjunto,
montañas, quebraduras y marina,
arboledas, llanura...
el más hermoso asunto
para que su factura peregrina
quede inmortalizada en la pintura.
Luarca, Pravia, Avilés, Villaviciosa,
Mieres, Infiesto, Caldas y Labiana,
la perspectiva hermosa
forman al extenderse en la sabana.
Elijo el nombre que mejor me suena,
cualquiera, el que más guste á mis lectores,
y pues ya está la escena,
sólo falta que salgan los actores.

II

Una tarde de estío,
por la orilla del río
un joven presuroso caminaba,
observando el efecto sorprendente
del horizonte, al cual, el sol poniente
de mágicos matices irisaba.
Una puesta de sol es un encanto

que suele impresionar de tal manera,
que aun cansados de estarlo viendo tanto,
siempre lo vemos por la vez primera.
El joven de que hablamos no contaba
cinco lustros completos todavía,
mas su frente surcaba
una profunda arruga que mostraba,
no obstante ser tan joven, que sufría.
Es su traje sencillo:
modesta americana; del bolsillo
se ve salir, muriendo en la cintura,
una gruesa cadena,
que si bien no es de oro, ni muy buena,
no carece de gusto en su factura.
Zapato de color; en la camisa,
anudada de prisa,
se muestra una corbata
de color delicado, aunque barata,
y un sombrero flexible
cuyas alas á voluntad el dueño
puede hacer descender, si tiene empeño
en librarse del sol irresistible.
Gasta sólo bigotes retorcidos
negros, y un cinturón que hace de faja,
y tiene entre sus dedos oprimidos
un mazo de pinceles y una caja.
Detiene el paso al fin junto á la ría,
y hallando de su gusto el argumento
que le ofreciera aquella selva umbría,
á la orilla del agua toma asiento.

Abre la caja, saca una tablita
que sobre las rodillas bien sujeta;
dispone la paleta,
los colores agita,
y cantando entre dientes
comienza á dar matices diferentes.
Ora busca el efecto del paisaje,
ora la tabla mira,
y cuando el sol expira
dejando un tinte rosa entre el ramaje
para indicar así que se retira,
casi casi, ya puede asegurarse
que á punto está el boceto de acabarse.

III

En esto, la maleza
se entreabre, y asoma una cabeza
á la que sigue á poco el cuerpo entero
de una hermosa aldeana,
tan hermosa, que inútil considero,
aunque fuera mi pluma muy galana,
que pudiese pintarla: ni aun Apeles
copiara de belleza tanta suma:
ciertas caras resístense á la pluma
á veces mucho más que á los pinceles.
No la describiré, pues desde luego
ya os la habréis figurado,

sólo diré que de sus ojos, fuego
parece que se escapa; su peinado
recogido, sencillo, sin un broche,
muestra una cabellera
abundante, hechicera,
más negra que el carbón y que la noche.

IV

Sorprendido el pintor alzó los ojos,
y viendo aquella cara sonrïente
y aquellos labios rojos,
asegura la fama, que no miente,
se quedó tan extático en su anhelo
por aquella visión que se le muestra,
que, aflojando la diestra,
salió el pincel rodando por el suelo.
La joven se adelanta,
ve al pintor y á su lado se coloca;
entreabre la boca,
quiere hablar, é intercepta su garganta
la gran admiración que la sofoca.
El cuadro la seduce y extasía,
y al verla se diría
que es alguna maestra
en el Arte de Apeles y Murillo,
dispuesta á dar un fallo no sencillo
en la obra que delante se le muestra.

Se encuentra algo cortada,
una vez satisfecho su deseo
de la curiosidad, que á lo que creo
no hay en el mundo nada
de más duros y fuertes caracteres
que la curiosidad en las mujeres.
El pintor, entretanto,
quiere hablar, comprendiendo
que si no es él quien rompe aquel encanto,
sólo Dios sabe cuánto
se estarán admirando y sonriendo,
pues es cosa callada,
por ser de todo el mundo comprendida,
que mientras que la joven admirada
contempla la pintura, embebecida
se encuentra la mirada
del pintor, que la envuelve
y de su éxtasis célico no vuelve.

V

Se decide por fin, aunque no es ducho
en achaque de amores, y se asusta,
y no sabiendo qué, le dice:—¿Os gusta?
y ella, ruborizada, exclama:—¡Mucho!
Ya está lo principal, el primer paso,
que luego ya es más fácil lo que resta,

pues notorio es el caso
que siempre el primer paso es el que cuesta.
—¿Lo habéis pintado vos?—No está acabado;
á más, es un objeto
que está hecho sin cuidado,
á rasgos solamente; es un boceto.
—¿Y con qué lo pintáis?—Con los pinceles.
(Y el joven, sonriendo, le alargaba
el que mojado había.)
—¿Qué hay en la punta, pieles?
—Es pelo de león.—Ella miraba,
lo tocaba, volvía y revolvía.
—¡Pero os estáis pintando!
No lo toquéis, que mancha cuanto toca.
Ella se echó á reir como una loca,
y la mano de blanco se fué dando.

VI

—¿Vivís lejos de aquí?—No vivo lejos:
¿Véis ese caserío
á la orilla del río,
que reluce á los últimos reflejos
del sol? Pues es el mío.
¿Y vos?—Yo, cuatro leguas
ando todos los días, no os asombre,
por caminos de cabras y de yeguas,
y casi inaccesibles para el hombre.

—No seréis del país.—Soy madrileño;
paso todo el verano
recorriendo estas playas tan divinas,
porque tengo el empeño
de pintar por mi mano
y trasladar al lienzo estas marinas.
—¿Por gusto?—Nó por cierto;
estoy solo en la vida,
pues mis padres han muerto
há largo tiempo ya, y la comida
dibujando me gano
con los cuadros que copio en el verano.
—¿De modo que estáis solo?—Y sin cariño;
del huérfano no hay nadie que se ocupe,
todo el mundo le escupe
y al hombre consideran como niño.
Solamente recuerdo los amores
de mi madre querida,
y es lo que me retiene en esta vida
de lágrimas, de pena y sinsabores.
La joven mira al suelo
para ocultar así su desconsuelo;
mas, no pudiendo resistirlo tanto,
lleva á sus lindos ojos el pañuelo,
que retira mojado en triste llanto.

VII

¿Tienes penas, lectora?
Pues si es así, sabrás que disminuyen,
y hasta á veces parece que concluyen,
cuando otro ser contigo siente y llora.
No hay nada más hermoso
que encontrar en un pecho generoso
ese santo consuelo
que emana de la tierra y sube al cielo
hasta el trono del Todopoderoso.
Hay muchos corazones tan mezquinos,
pues sin duda encontraron sus caminos
sembrados de alegría,
que con sonrisa impía
se burlan y sorprenden
viendo un sér anegado por el llanto,
porque nunca comprenden
cómo á un pecho el llorar consuele tanto.
¡Las lágrimas consuelan!
Y cuando son dos séres los que lloran,
no es fácil comprender lo que atesoran...
¡Son dos almas en una las que vuelan!
Por eso, á un ser humano
no ha de admirarle, cierto, que la niña
abandone su mano
al pintor, que ya mira como hermano,
y que sus perlas rieguen la campiña.

VIII

—Soy más feliz que vos, pues yo siquiera
me veo muy querida por mi padre
y por mi buena madre.
Y el joven suspiró:—¡Quién los tuviera!
—Vivo, como os he dicho, en la alquería;
nos pertenece la campiña agreste,
y una gran parte de ella es sólo mía.
¿Cómo os llamáis?—Yo, Luis, ¿y vos?—María,
mas todos me conocen por Celeste.
—¿Y por qué es ese nombre?—Muy sencillo:
¿no miráis mi justillo?
—Es de un azul perfecto.
—Pues al mirar los mozos de las Caldas
el color de mis faldas,
de mis cintas, mis gasas y mis tules,
que siempre son azules,
juzgando que era el mío predilecto,
me dieron ese nombre tan bonito.
Mi color favorito
es, porque siempre han sido mi consuelo
dos cosas que concentran
el mundo que conozco y que se encuentran
azules siempre: ¿véis? el mar y el cielo.
Y extendiendo su mano, señalaba
al pintor las dos cosas que ha nombrado:

aquél, embelesado,
pendiente de sus labios se encontraba.
—Pero ya es tarde, y yo con mi tontuna
os estoy distrayendo:
¡ya casi se va viendo
en el agua el reflejo de la luna!
—Nó; ¡si hay sol todavía!
—No lo veo.—Yo sí: son los reflejos
que se ven á lo lejos.
Y luciendo las perlas que tenía
por dientes en su boca,
riendo como una loca
exclamó:—No penséis que os lo reproche:
aunque aquí de relojes no entendemos,
demasiado sabemos
que no hay sol á las nueve de la noche.

IX

Y era verdad; las nueve
daba el reloj de la vecina torre:
¡para el que aguarda, el tiempo no se mueve;
para el que al lado está, qué aprisa corre!
Cerró el pintor su caja,
y con la vista baja,
por no perder mirando el hechicero
conjunto de la linda muchachita
la fuerza del deber que necesita,
se dispone á emprender su derrotero.

Ella se vuelve, y antes, ruborosa,
le dirige una angélica mirada
y le tiende una mano,
mezcla de nieve y rosa,
que es por Luis estrechada
con un gran apretón, casi inhumano.
¿Y no se dicen nada al despedirse?
Nada: ¿qué han de decirse?
Hablar es excusado:
su boca está cerrada á piedra y lodo;
sólo al darse la mano se han mirado,
y al mirarse no más, lo han dicho todo.
Luis á la diestra gira; por la izquierda,
atacando la cuerda
que á Celeste dirige hasta su casa
camina lentamente:
no sabe qué le pasa,
y á la mitad se vuelve de repente.
Y con gran extrañeza,
nota que la cabeza
vuelve el pintor, que no ha seguido andando
y que la está mirando
con sonrisa mezclada de tristeza.
Y en medio del silencio, el campo agreste
por dos voces se encuentra atravesado
que transporta la brisa tan lozana,
porque Luis ha exclamado:
—¡Hasta mañana; adiós, adiós, Celeste!
Y Celeste á su vez ha contestado:
—¡Hasta mañana, Luis, hasta mañana!

X

¿Durmió Luis esa noche? ¡Qué tontuna!
El dormir fuera raro:
pensando en la fortuna,
¿cómo se ha de pasar, si no es en claro,
contemplando los cuernos de la luna?
¿Es que quiere á Celeste? ¡Quién lo sabe!
El siente allá en su pecho, á lo que creo,
cierto escarabajeo
que le hace presumir que todo cabe.
Era muy niño aún cuando la muerte
tirana arrebató á sus genitores,
y así, por su desgracia ó por su suerte,
no sabe lo que valen los amores.
Y no penséis que es cuento,
ni os riáis al saber que nunca ha amado,
pues jamás ha pensado
en otra cosa que en buscar sustento.
Así, no es de extrañar si algo se excita
al verse en la pendiente del abismo;
mas, ¿quién no ha hecho lo mismo?
¿Quién no ha tenido una primera cita?
Y, en realidad, no sabe si su espera
puede acaso ser vana,
pues Celeste no ha dicho que le quiera,
ni le citó siquiera;
pero eso sí, le dijo *hasta mañana*.

Y él traduce esta frase como amante,
pues de ella se desprende
que, aun sin citarle, la verá delante
cuando él vaya á pintar, ¡bien se comprende!
Y como si tuviera relaciones
con Celeste de tiempo casi eterno,
piensa en que hay estaciones,
y que al verano seguirá el invierno.
¡El invierno! ¡Qué nombre tan temido!
No quisiera acordarse,
pues con sólo pensar que va á alejarse,
siente su corazón muy oprimido.
Y que es indispensable se comprende:
está en Madrid su asiento,
teniendo allí el trabajo y el sustento;
en el verano la tarea emprende,
copia, sin darse cuenta,
bocetos que después, ya terminados,
al lienzo trasladados,
van á la Exposición ó pone en venta;
que siempre tiene el Arte aficionados.
Cualquiera fácilmente se imagina
que se apure al pensar en su destino;
¡como siempre, una sombra femenina
se viene á interponer en el camino!

XI

Celeste, por su parte,
fué á su casa pensando en la Pintura:
es un sublime Arte,
del cual antes la pobre crïatura
entendía bien poco,
(ni ahora entiende tampoco);
pero, en fin, le parece
que ya su ciencia crece
desde que á un pintor trata:
¡dejémosla soñar, con eso goza!
El sueño la alboroza
y su ser femenino se retrata.
Sufrió casi con gusto
el regaño muy justo
que su padre le echó por su retraso;
pensando en el pintor nada le importa,
y aun cree que fué muy corta
la ausencia de su casa; ¡nuevo caso!
De dormir no teniendo gana alguna,
estuvo en la ventana muchas horas
diciéndole á la luna
frases halagadoras,
pero nó para ella, cosa es clara,
sino para que á Luis se las llevara.
Próximo á amanecer ya, se dormía,
y excusado es decir cuál es su sueño:
lo dedica á su dueño,
á aquel que va á encontrar al otro día.

XII

Y el otro día llega;
creyendo Luis que es tarde
camina muy deprisa por la vega,
pues que su corazón por verla arde.
Fué mucho más temprano
de lo que acostumbraba en otros días,
pensando en el arcano
que encerraban sus nuevas alegrías.
Él se iba preguntando si la amaba,
presa de una horrorosa incertidumbre,
y aquellas cuatro leguas devoraba
dirigiéndose al sitio de costumbre.
Al mirarle de pronto,
que un helenista viera en él, infiero,
á Leandro cruzando el Helesponto
guiado por la linterna de su Hero.
Cuando llegó, ya estaba allí Celeste,
que en las mujeres el amor madruga,
y una pequeña arruga
en su frente se nota, pues la agreste
campiña está mirando
hace ya mucho tiempo y siente frío
en el fondo del alma, cavilando;
—¡Si no vendrá; si no vendrá, Dios mío!
A poco ve que llega,
y al salir al encuentro de su dueño

desarruga su ceño,
que la pasión ante tan poco es ciega.
¿Qué se dijeron? Aún es un secreto:
yo no soy indiscreto,
y, por tanto, perdonen mis lectores
si á su conversación no doy traslado:
si un joven de una niña se halla al lado,
¿de qué podrán hablar sino de amores?
Sin duda su coloquio fué de mieles,
pues os puedo afirmar, cual cosa cierta,
que volvieron intactos los pinceles,
y la caja volvió... sin ser abierta.

XIII

Pasaron de este modo
presurosas las tardes del verano,
y como en este mundo llega todo,
aunque parezca hallarse muy lejano,
se iba acercando el tiempo tan temido
de abandonar las costas y la tierra
que el tesoro querido
de sus amores para Luis encierra.
Debemos advertir, aun cuando es vana
la precaución, que ya es muy diferente
de la escena el lugar: nocturnamente
acude Luis al pie de la ventana,
do Celeste le espera,
en el cuarto que habita en la alquería,

aún más apasionada, que si fuera
aquel de sus amores primer día.
¿Y qué tiene de extraño?
Cuando el amor es firme y verdadero
transcurre cual un día todo un año
y subsiste el amor como primero.
Esa es la diferencia
que entre el capricho y las pasiones cabe:
ni las artes lo explican, ni la ciencia,
pero aquel que bien ama es quien lo sabe.
La posesión aumenta las delicias
del amor que no muere:
¡siempre se aumenta el hambre de caricias,
y cuanto más se goza, más se quiere!

XIV

Una noche de luna
que asomaba su disco plateado
por entre los celajes, importuna,
cruzaba Luis con paso agigantado
la enramada campiña
para volar al lado
de su preciosa niña,
que le espera impaciente en la ventana,
pensando en el mañana
que tan triste parece á todo amante,
y más, si ve tan próxima la ausencia

que combatir no puede en su impotencia,
y siempre de sus ojos ve delante.
Llega Luis, y una mano se le tiende,
y después que él la oprime,
por la campiña su mirada extiende,
y viendo que no hay nadie, fuerte imprime
sus labios en la mano de la bella
aspirando su célica fragancia,
y apoyándose en ella,
de un salto sólo, se encontró en la estancia.
Cayeron en los brazos los amantes,
y al entregarse locos, anhelantes,
de la pasión á todos los excesos,
robaron con sus labios vacilantes
de la boca contraria dulces besos.
Pasados los transportes amorosos,
volvieron á la vida de este mundo,
y pensando, sin duda, que un segundo
es el amor, quedaron silenciosos.
Y entonces, con tristeza,
apoyando en la artística cabeza
de Celeste su frente,
rompió Luis el silencio de repente.
—¿Sabes, Celeste, amada de mi vida,
sér que mi pecho ama,
que es mañana temprano mi partida,
pues que Madrid me llama
con deber imperioso?
Y ella, bañado en llanto
aquel rostro tan lindo, tan hermoso,

exclamó con su acento más mimoso:
—¡No te vayas, mi Luis; te quiero tanto...!
—¡Oh, mi bien, es preciso,
pues que mi suerte quiso
que no goce de dicha ni un segundo:
es la fatalidad que se me impone,
y todo se me opone
á que sea feliz en este mundo.
Sabes que sin tu amor vivir no puedo;
sabes que mis delicias
se fundan solamente en tus caricias
y que á un impulso cedo,
Celeste de mi vida, al alejarme;
esta separación es precursora
de la felicidad que al presentarme
á tu padre tendremos.—Ella llora,
y apenas por el llanto entrecortado
se la oye decir quedo:
—Sí, pero tú te vas, y ¡tengo un miedo
después de lo que sabes que ha pasado...!

XV

Con no sé qué pretexto bien urdido
abandonó Celeste al otro día
muy temprano su casa,
porque su Luis querido
en aquel tren partía,

y el deseo de verle ya la abrasa.
¡Oh, qué lástima que haya tanta gente
esperando del tren el triste paso...!
¡Y ya llega; parece propiamente
que no quiere á su amor dar un retraso!
Aquellos que le esperan son muy pocos,
mas, claro, les impiden entregarse
á sus transportes locos...
¡no los dejan besarse ni abrazarse!
Y entonces, por un beso,
no obstante haberse dado ya millones,
darían las riquezas con exceso
que en Egipto tuvieron los Faraones,
y los tesoros del potente Creso.
Por fin, el horizonte nebuloso
se ve algo obscurecido
por el humo que lanza aquel coloso
de hierro y de vapor; se oye un gemido,
débil primero, fuerte y espantoso
después, y por la cerca
que separa el paseo de la vía,
ya se pudo observar cómo corría
aquella negra masa: el tren se acerca.
¡El tren se acerca! ¡Adiós: qué de ilusiones
se lleva aquella fiera encadenada!
Laten los corazones
que quieren estallar en sus prisiones,
y pretendiendo hablar, no dicen nada.
Celeste, casi loca,
salta al cuello de Luis, junta su boca

á la del sér querido,
y apretando su cuello en las cadenas
de sus brazos, murmura frases llenas
de pasión, que él escucha embebecido.
El tren se para, y tras de mil abrazos,
sube el pintor al coche,
costando separarse de los brazos
de su amante, el trabajo que á la noche
le cuesta el apagar del sol los rayos;
comienzan los desmayos,
las protestas con voz entrecortada,
súplicas, voces, llanto y juramentos...
transcurren presurosos los momentos,
y acaban los minutos de parada.

XVI

Resuena la bocina,
rechina al estirarse la cadena
y comienza á moverse; aunque camina
al principio despacio, ya la arena
va después más deprisa entrecortando,
y al llegar hacia el monte,
la presión del vapor se va aumentando
de modo que en continuo *acelerando*
ni aun el humo se ve en el horizonte.
Aunque ya no divisa ni el pañuelo
con que Luis da el adiós de despedida,
permanece abatida

la mísera Celeste, cual si al suelo
se encontrara clavada,
errante la mirada,
desgarrando el pañuelo con los dientes
y exclamando con frases balbucientes:
—¡Todo acabó: ya no me queda nada!
Y tan sola en el mundo se veía,
que ni un momento se acordó siquiera
de sus padres: creía
que no había jamás quien resistiera
pena tan grande cual la que sentía.
Llegó al fin á su casa, cabizbaja,
y al hallarse en su cuarto tan querido,
le pareció su mortüoria caja,
y pensó, al contemplar su azul vestido,
si azul no puede ser una mortaja.
¡Aquel tren, aquel tren sus ilusiones
se llevó con su Luis idolatrado!
Desunió dos amantes corazones
y al desunirlos ¡ay! los ha matado.
Dejémosla llorar; ciertas heridas
sólo el tiempo las cura, en lo que cabe.
Sus almas y sus vidas,
¿volverán á encontrarse rëunidas?
¡Sólo Dios lo dirá, que es quien lo sabe!

CANTO SEGUNDO

UN MISERABLE

I

Sin contratiempo alguno lastimoso
llegó Luis á Madrid al día siguiente;
y tras breve reposo
instalóse en su estudio, presuroso,
y comenzó el trabajo diligente.
Trabaja con más fe y más valentía
que jamás lo hubo hecho,
porque siente una fuerza allá en su pecho
que le inculca el amor de su María.
Traslada los bocetos que ha tomado
á grandes lienzos que á pintar empieza,
y se pasa encerrado
días y días sin alzar cabeza.
Muchos ratos dedica
á pintar de *su chica*,
como él la llama, un colosal retrato,
y tanto en él se aplica,
que pronto pone al pie: *Por Luis Amato.*
Lo mismo le sucede en los paisajes,

pues como todo es agua, bosque y cielo,
no necesita trajes
ni estudios para paños, ni aun modelos.
Más barato le sale de este modo,
y él busca economía y resultado,
y como diseñado está ya todo,
con copiar la expresión, está acabado.
Se abre la Exposición, y los autores
que aspiran á la gloria ó al dinero,
pronto son portadores
de sus obras, y Luis es el primero.
Antes de la apertura,
dedican al barniz una mañana;
el Círculo las salas engalana
y asistiendo la Corte, se inaugura.
Los tres cuadros que expone
Luis en esta ocasión, son tres alhajas:
el uno se intitula *Costas bajas*
de... (y aquí el nombre pone
del pueblo que sabéis, y que no quiero
decir); sigue después *Playa asturiana*
á orillas del Nalón, y es el tercero,
de Celeste el retrato: *Una aldeana.*

II

Entre los más asiduos concurrentes
á la sala de cuadros y Escultura,
(que aún no ha muerto el amor á la Pintura,
pues siempre quedarán inteligentes),
llamaba la atención un caballero
que el último salía,
y que, al abrir las puertas, se sabía
estaba ya esperando, y el primero
en las salas entraba;
mas apenas miraba
los cuadros que tenía frente á frente,
porque directamente
al cuadro de Celeste encaminaba
sus pasos. (Y á fe mía,
ahora mismo me fijo en que he faltado
á un deber natural de cortesía,
pues que no he presentado
la física persona
de quien hablo sin tasa,
y como en este mundo todo pasa
y todo se perdona,
menos la educación cuando está ausente,
me habréis de permitir que os le presente,
aunque tarde, carísimos lectores,
haciendo de la casa los honores.)
El señor de quien hablo
era un tipo, no feo y repugnante,

pero con un semblante
de esos... que nos recuerdan al diablo.
Figuráos un rostro muy redondo
encerrado en patillas de banquero,
el bigote afeitado por entero
y el pelo mitad blanco, mitad blondo,
y aunque éste es algo escaso,
por cuanto muchas claras no las salva,
nada tiene de extraño, pues el caso
es que está coronado por la calva
más perfecta y brillante
que puede cobijar el mundo nuevo,
y hasta es fácil que piense un maleante
que está untada de aceite, grasa ó huevo.
Un cuerpo pequeñito
vestido por el rey de la elegancia,
un modisto de Francia
que alabando el palmito
de sus nobles y ricos parroquianos
ha conseguido puestos importantes:
¡arrastrándose, á veces los enanos
llegan á parecer hasta gigantes!
Botas bien charoladas; un sombrero
que ni el sol es más limpio y reluciente:
agregad á esto un lente,
y ya le conocéis de cuerpo entero.
¿Su nombre? Es muy sencillo,
aun cuando es tan sonoro que derrumba:
es don Lino de Otumba,
marqués de las Almenas del Castillo.

III

Pues, como iba diciendo,
nuestro anciano las tardes se pasaba
(y digo *anciano* porque, á lo que entiendo,
en los setenta y tantos ya frisaba)
contemplando el retrato
de la novia de Amato,
y al retirarse, pues con faz adusta
le echaban los criados en persona,
iba exclamando para sí:—Me gusta,
es preciosa, lindísima, muy mona.
Sin embargo, luchaba; no sabía
si aquel sér existía
con su forma corpórea y verdadera,
ó si tan sólo era
engendro, nada más, de fantasía.
Pero, por fin, osado,
atrevióse una tarde, y al criado
que servicio prestaba
en el salón, al par que dormitaba,
le preguntó las señas del artista.
que éste le dió al momento
con comentos y notas excelentes,
pues, para ciertas gentes,
una peseta es siempre un argumento.
Alegre con sus datos,
iba pensando que tan malos ratos

se iban á ver por fin con la corona
del dios Éxito, y marcha presuroso
para ver en persona
al autor de aquel cuadro tan hermoso.
Mas, como es precavido,
va pensando del modo más risueño,
más traidor y halagüeño,
sacar un buen partido
con aquella pregunta tan sencilla,
pues piensa, con razón, que si la hiciera
de modo repentino, en su mancilla
es fácil que perdiera
el moderno Tenorio una costilla.

IV

Aunque ya anochecía,
no quiso detenerse un solo día
en hablar al pintor, pues que le abrasa
la impaciencia feroz que no podía
contener, y á la casa
subió casi de un salto,
no obstante haber doscientos escalones,
pues como los gorriones,
habitan los artistas siempre en alto.
Del pintor frente á frente,
después de los cumplidos ordinarios
que son tan necesarios,
empezó á hablar con tono indiferente.

—Soy un aficionado
asiduo concurrente
á nuestra Exposición, y me he fijado
en tres obras maestras,
que por la firma he visto que son vuestras,
y haciéndome la cuenta
de que sin duda son para la venta,
he pensado, y confío,
pues en precio jamás he reparado,
aunque sea exagerado,
en que al menos un cuadro sea mío.
—¿Cuál queréis?—Yo, los tres; pero si acaso
tenéis ya compromiso con alguno,
podéis salir del paso
dándome solo uno.
—Aún nada se me ofrece.
—Entonces, si os parece,
hablemos de su precio.—Mas veamos:
debo advertir á usted que sólo quiero
desprenderme de dos, pues el tercero
no le vendo.—¡Ya, vamos!
¿Es la marina?—Nó, que es la aldeana
de la playa asturiana.
El vejete pensó: Me lo temía;
obremos con prudencia que, á fe mía,
no sé qué habrá detrás.—¡Cuánto lo siento—
exclamó en alta voz—señor Amato,
porque de ejecución es un portento
y me ha gustado mucho! ¿Es un retrato?
Esto dicho de un modo indiferente,

hizo que el pez tragase hasta la caña;
sabemos que era Luis un inocente,
y dicho sin malicia y buena maña,
no vió detrás del árbol la serpiente;
por eso, tras un rato,
respondió:—Sí, señor, es un retrato.
—Estará disfrazada,
porque el traje que tiene,
á la legua se ve que no conviene
con la cara pintada.
—Nó, señor, es su traje verdadero
que lleva diariamente,
y le sienta...—Muy bien, perfectamente,
á su cuerpo hechicero.
No será castellana
vuestra linda aldeana,
si es copia natural y nó capricho,
conforme me habéis dicho.
—Es un tipo del Norte, es asturiana.
Hablaron de otras cosas un momento,
y sin quedar en nada afirmativo,
despidióse don Lino muy contento,
aunque algo receloso y pensativo.

V

Dejemos por ahora
en Madrid á don Lino
y al pintor, que más tarde será hora
de volverlos á hallar en el camino,
y usando de la magia y brujería
que usan los escritores
como licencia, en casa de María
vamos á introducir á los lectores.

Han pasado unos meses, y ya el frío
sustituyó á la bochornosa calma;
ya no cantan las aves junto al río,
y en la Naturaleza, ese vacío
se deja ya sentir que llega al alma.

Mas por mucho que llega,
nadie lo nota tanto
cual la pobre Celeste, que se entrega,
de día al rezo, por la noche al llanto.

Ya no salen los sones argentinos,
como antes, de su mágica garganta,
ya no envidian sus notas y sus trinos
los pájaros vecinos.....
¡Celeste tiene penas, y no canta!

Aquel raudal de acentos misteriosos
con que antes alegraba la alquería,
haciendo esfuerzos grandes, prodigiosos,
algunas veces repetir quería;

mas ahogando el sonido,
hacíase en su cuello un nudo estrecho
que al tratar de romperle, de su pecho
sólo, ahogado, escapábase un gemido.
Ya no baja el domingo engalanada
á lucir en el baile su belleza,
ya no quiere mostrar su gentileza
por todos envidiada:
ya no cuida su huerto
ni saca su ganado
á pacer frescas hierbas por el prado...
¡El cuerpo sólo vive, el alma ha muerto!
¡Ha muerto, sí! ¿De qué le sirve á ella
ser hermosa entre todas las hermosas?
¿Qué le importa su cara, linda estrella
del color y el aroma de las rosas?
¿Qué le puede importar que otras mujeres,
acatando su garbo y hermosura,
la declaren bellísima criatura,
diciendo sin pasión:—¡Qué linda eres!
¿Qué orgullo ha de sentir cuando en el río
ve reflejar su faz que el llanto inflama,
y cree que alguna ninfa al lado exclama:
—¡Excedes á las flores del estío!
¿Qué le importa ser linda como Clice,
como Venus, la diosa de las diosas?
¿Qué le importa que digan tantas cosas.....
si no es su Luis del alma quien las dice?

VI

¿Quién era Bruno? Un mozo de labranza
que estaba en la alquería
al servicio del padre de María;
un tipo parecido á Sancho Panza.
De igual inteligencia que el arado
que diariamente entre sus manos tiene,
en su nombre se puede sin cuidado
una *t* colocar en vez de la *n*.
No vayáis á pensar que no le pasma
la hermosura, ó la mira con desprecio,
aunque sea tan necio;
la prueba es que Celeste le entusiasma.
Y no lo oculta, nó; por el contrario,
se lo ha dicho mil veces al oído,
y si ella ha respondido,
ya podréis comprender lo extraordinario
que le habrá á aquel imbécil parecido.
Al padre de Celeste,
atrevido una vez pidió su mano,
pero claro es que éste
le dió un *nó* tan rotundo y soberano,
que al infeliz mancebo, alferecía
le costó padecer la atroz sentencia,
y al quedarse á la luna de Valencia,
se quedó... más pequeño todavía.

VII

Tres meses, á lo sumo,
habrían transcurrido desde el día
en que las ilusiones de María
se marcharon envueltas en el humo
del tren que se llevaba
á su Luis adorado,
cuando una tarde hallábase ocupado
recibiendo el ganado que llegaba
por Bruno conducido,
el tío Juanón, marido
de la muy respetable *señá* Juana,
autores venturosos
del conjunto de hechizos tan hermosos
como los de Celeste, la asturiana.
Terminado el trabajo, al ir la puerta
á cerrar con la tranca y los candados,
quedáronse los dos atortolados
y con la boca medio palmo abierta.
¿Era de miedo? Nó: causa faltaba;
era de asombro, entero y verdadero:
á dos pasos, no más, un caballero,
mirándolos muy fijo se encontraba.
Recobrados del susto,
pudieron á su gusto
examinar la cara y el vestido
de aquel aparecido

que, sin duda, del cielo les caía,
y bajo sus miradas
curiosas, á la par que solapadas,
pudieron observar que poseía
una cara redonda y sonrosada,
bondadosa, de paz, cara de amigo,
por dos blancas patillas encuadrada,
á estilo de banquero... Mas no sigo;
lectora, desde luego
habrás ya visto el juego,
y sin que continúe este retrato,
sé que si te lo ponen por delante
conocerás al punto al visitante,
ferviente admirador de Luis Amato;
y esta idea es muy fácil te recuerde
á aquel Tenorio fino
que ya te presenté cual viejo verde.
No te quiero cansar: ¿quién es? don Lino.
Sí, señora, don Lino; y no te asombre
verle hacer un viaje de tan lejos,
pues la pasión hace perder al hombre
el sentido común, más á los viejos.
Con razones es fácil se convenza
á un joven; los excesos
de la edad ya senil no hay quien los venza
¡si no es por la fractura de los huesos!

VIII

Pues bien, como decía,
el astuto vejete sonreía,
y dijo á los paletos
que, metido entre aquellos vericuetos
y habiendo anochecido,
ya que lejos del pueblo se encontraba,
le acogieran en casa suplicaba,
pues en el bosque habíase perdido.
El tío Juanón, que sabe cortesía,
no obstante la rudeza
de su tosca corteza,
le concedió el albergue que pedía.
Y ved cómo aquel bobo
que se precia de listo y marrullero,
encerrado dejó en el gallinero
con las gallinas al astuto lobo.
Poco rato después, una campana
anuncia tras el día de faena
que llaman á la cena,
y ¡excusado es decir si tendrán gana
y si tal voz acogerán con pena!

IX

Quince ó veinte gañanes
que componen la tropa
de la alquería, mojan en la sopa
del caldero central, enormes panes,
en torno de la mesa
que en la cocina se halla prevenida
y que está presidida
por el rey Juan, la reina y la princesa.
Previa presentación, el extranjero
toma asiento en la mesa como todos,
mostrándose tan listo y tan chancero
y buscando la gracia en tales modos,
que no obstante el respeto que sentían
por aquel señorón encopetado
(pues su título había declarado),
todos como unos gansos se reían.
Habló de sus riquezas,
aunque el total ignora,
pues su palacio tantas atesora,
y contando mentiras y simplezas,
como un minuto transcurrió una hora.
De cuando en cuando, lanza una explosiva
mirada á la aldeana del retrato,
cuya vista le abrasa y le cautiva,
en tanto que ella triste y pensativa
no levanta los ojos de su plato.

De tal modo se arregla y se conduce
el vejete Marqués, tan bien se expresa,
que al alzarse la mesa
á toda aquella gente ya seduce.
Le preparan un cuarto, no amueblado
con lujo, mas no estrecho
y con un limpio lecho
en que encuentra su cuerpo descansado.
A las diez todos duermen en la casa,
á excepción de Celeste y de don Lino:
éste bebió sin tasa
y algo le ha trastornado aquel mal vino.
Fijóse bien en la topografía
que de aquella alquería
pronto le va á hacer dueño,
y no teniendo sueño
y el cuarto conociendo de María,
con la poca vergüenza que en él era
propia, como en tal héroe de aventuras,
sale del cuarto y sube la escalera
sin respirar, descalzo, solo, á obscuras.
¿Qué pasó aquella noche? Lo ignoramos,
solamente afirmamos
que, á juzgar por la cara
que el tenorio llevara
cuando bajó del cuarto de María,
no debió ser muy grato
lo que quizá en la sombra ocurriría,
pues él salió bufando como un gato.
Y con voz cavernosa,

entre tacos y horribles juramentos
prodigados á cientos,
—¡Me vengaré — decía, — desdeñosa!
¡Oh! si en aquel estado
le hubiera contemplado
cualquier labriego de los que han comido
con él, pudiera haberse asegurado
que ninguno le habría conocido.

X

Llegado el nuevo día,
reconociendo el viejo lo imposible
de encontrar un plausible
motivo que pudiera en la alquería
retenerle más tiempo, y temeroso
de que se comprendiera
por algún receloso
el papel bochornoso
que en la noche anterior, fatal, hiciera,
á hacer una visita
á los que con bondad tan exquisita
cuidaron del perdido peregrino
ofreciendo volver sin gran tardanza,
emprendió su camino
jurando allá en su pecho la venganza.
En efecto, dos días transcurrieron,
y cuando de él ya nadie se acordaba,

una tarde le vieron
que despacio á la casa se acercaba.
El mismo plan llevando
que desde los comienzos adoptara,
fué terreno ganando,
y al padre de Celeste conquistando
con ingenio, dinero y... buena cara.
Hablaron de labranza,
en que parece ser muy entendido;
si el campo está crecido,
si allí no se practica la crianza
del gusano de seda,
en fin, de esas mil cosas
que no son enojosas
á todo labrador; mas al fin, rueda
el asunto que él quiere
en la conversación, pero se pasa
de prudente, y cobija
bajo capa de santo lo que hiere,
y por si es que valiere,
suelta la especie de por qué no casa
á su preciosa, encantadora hija.
Hace después elogio desmedido
del valor de la joven aldeana,
pensando en el mañana
y anhelando que encuentre un buen marido,
y diciendo que acaso á su apellido
pueda sobreponer una corona,
pues tan linda persona
es indigna de un sér que no es pudiente...

de conde, duque, de marqués... ¿quién sabe?
y pensando sonriente
en que bien puede ser, pues todo cabe,
se despide ¿hasta cuándo? hasta el siguiente
día, en que se imagina
que es posible que estalle aquella mina
que con tanto cuidado
en aquel corazón ha preparado.

XI

Volviéronse á encontrar al otro día,
y volvió á repetir sus artimañas:
el padre de Celeste, comprendía
que la ambición más fiera le roía,
cual si fuera un gusano, las entrañas.
Indicó á su mujer la conveniencia
de buscar á Celeste nuevo estado,
encontrando acertado
que su hija nadase en la opulencia,
enlazándose á un noble acaudalado.
Él es bastante rico,
pues cuenta con un pico
de dos largos millones;
mas como es ambicioso,
quiere que el nuevo esposo
se encuentre aún en mejores condiciones.
Y la mujer también se regocija
pensando en que su hija

gaste trajes de raso,
tenga palco en el Real y en la Zarzuela,
y al cruzar por Madrid en carretela,
se incline todo el mundo ante su paso.
Toman estas ideas incremento,
pues le dan alimento
poderosos y fuertes auxiliares
en que confía el viejo con cinismo:
la ambición y egoísmo
de los padres, son piedras angulares
en que él espera, porque sabe el tuno
que pueden tanto como el viejo mismo
y que el otro traidor agente: Bruno.
Porque Bruno le auxilia,
aunque parezca extraño;
no puede perdonar el desengaño
que Celeste le dió, y á la familia
que fué su protectora eternamente,
odia como un demente,
como todo malvado
que habiendo recibido por docenas
beneficios, le tiene sin cuidado
devolver mal por bien á manos llenas.

XII

Encerrada en su cuarto una mañana,
se encontraba Celeste ante una mesa
haciendo una tarea sobrehumana
para sus fuerzas, cual su rostro expresa.

Enormes gotas de sudor surcando
desde la frente van por sus mejillas,
y mira al cielo, al parecer buscando
las tiernas avecillas
que se posan pïando
con harta confianza en los barrotes
de la ventana, para que la inspiren,
y convierta á los ojos que los miren
en letras los palotes
que, cargados de tinta,
cual colegial revuelto y perezoso,
con febril màno pinta
en un papel muy blanco y oloroso.
Al cabo de dos horas de incesante
trabajo, y de romper modelos harta,
pone un sobre á esta carta,
escrita, como véis, para su amante.

XIII

«Encanto de tu nena, Luis querido:
no pudiendo sufrir tan larga ausencia,
te dirijo esta carta sin sentido
que me dicta mi amor, nó mi experiencia.
Para escribir, preciso es estar ducho
y ser tan sabio como el señor cura,
y aunque tú me enseñaste, no sé mucho
ni estoy fuerte en principios de escritura.

A fuerza de pensar en tantas cosas
no extrañes que vacile mi cabeza:
¡no sé si es la locura que en mí empieza,
ó si un preliminar para la fosa!

Si algo quiero decirte, solamente
una frase responde á mi reclamo
y que expresa mi idea pobremente;
que tú eres mi ilusión y que te amo.

Mi amor no cambia, pero sí varía
como flujo y reflujo de marea,
todo lo que rodea á tu María,
y ¡ay! es tan triste lo que la rodea...

Lo primero que ocurre, amado mío,
es... ¡me da una vergüenza... si tú vieses!
No te lo digo, nó, que me da frío...
Si á mi lado estuvieras y me oyeses...

Siento en mi sér... (no sé cómo explicarme)
algo que toma vida á costa de otro,
y... no sigo; no quiero sonrojarme,
que este suplicio sobrepuja al potro.

Y ¿qué va á ser de mí? Yo no lo quiero
pensar, porque es un caso tan terrible...
pero hay un mal mayor que el que refiero:
que si aquél es fatal, éste es horrible...

Ha venido á estas tierras un malvado
que se ha propuesto, cueste lo que cueste,
tras de haber á mis padres engañado,
robarte el corazón de tu Celeste.

Y ya comprenderás si es vano empeño,
sabiendo, como sabes, cielo mío,

que tú eres de mi alma el solo dueño
y para tí es completo mi albedrío!
Pero es rico, mi padre es ambicioso,
y ambos no retroceden ante nada,
y temo, aun cuando llegues presuroso,
que encuentres á Celeste amortajada.
El infame, secuaces ha buscado;
no sé cómo ha podido componerse,
pero con sus promesas ha ganado
á otro infame que osó comprometerse
á todo lo que el noble le pidiera,
pues, por vengarse, al ver que no ha podido
conseguir de mi amor lo que quisiera,
se pasó al enemigo. Ha sorprendido
aquel odioso viejo mi secreto,
y... ¡ya verás la trama tan horrible
que con mi padre ha urdido el indiscreto!
¡Ven corriendo, mi Luis, si te es posible!
Confía tú en mi amor y en él descuida,
te seré fiel, aunque morir me cueste:
en un beso, no más, está mi vida,
y ese es el que te manda tu

CELESTE.»

XIV

Aun cuando pretendiera
describir el mal rato
que Luis pasó leyendo este relato
de Celeste, mi pluma no pudiera.

Sólo sabré decir que su deseo
fué marchar al momento con su amada,
y convertir en reo
al que ahora se halla dueño en la jugada
traidora, innoble, que empeñada vemos;
mas por lo general, cual siempre pasa,
nunca alcanzar podemos
aquello que queremos,
y así, Luis, de su casa
no pudo en algún tiempo separarse,
sopena de perder sus intereses.
Y mientras tanto sufre estos reveses,
Celeste piensa en vano
si logrará salvarse
al encontrar de un protector la mano,
y espera... ¡Sólo en Dios ha de esperarse!

CANTO TERCERO

¡TARDE!

I

Las tristes predicciones
de Celeste, bien pronto se cumplieron:
hay séres que nacieron
para vivir colmados de ilusiones,
y otros, por el contrario, solamente
saben que tienen vida
por verla convertida
en un valle de llanto eternamente.
¡Es un triste consuelo
el pensar que entre todos se reparte,
mas algunos reciben mayor parte!
Y esos, ¿irán al cielo?
¡Quién lo sabe! ¡Es tan corta
la inteligencia humana,
que nadie en el mañana
ha podido leer! Y á lo que importa
es justo que volvamos,
es decir, á encontrar donde dejamos,

antes que se nos borre en la memoria
y trabajo fijarla luego cueste,
á la joven heroína de esta historia,
á la linda y simpática Celeste.

II

Ya hemos dicho el terreno que ganando
fué don Lino en el ánimo del padre,
que extendióse á la madre
y que fué preparando
la situación tan bien como él quería:
haciéndoles soñar la aristocracia,
no podía tardar el bello día
en que el golpe de gracia
asestase. Mas bueno es que advirtamos,
porque así comprendamos
la razón natural de lo siguiente,
que aun cuando no es muy fino
el ingenio en que el padre se cobija,
ni un segundo ha cruzado por su mente
encontrar en don Lino
el futuro marido de su hija,
pues piensa, con razón, en que es ya viejo
el marqués, y aunque doble rico fuera,
á encontrarse él de ella en el pellejo,
seguro que su mano no le diera.
De Celeste no hablemos,
conociendo sus bellos caracteres

y queriendo á Luis tanto,
porque todos sabemos
que las pobres mujeres
sólo arreglan sus penas con el llanto.
Sin saber la razón, ella presiente
que sobre su cabeza
brega la tempestad, y no le miente
su noble corazón, que acaso empieza
á formarse la nube que la amaga
y que á llenarla va de sentimiento...
Ella es débil y teme la deshaga
lo mismo que deshace un grano el viento.

III

Un día nebuloso
se hallaron *casualmente*
el tío Juan y el marqués; muy presuroso
el segundo, sonriente
como siempre, llegó (lectora mía,
no olvides mi consejo, desconfía
del que mucho se ríe; la serpiente,
cuando hablaba con Eva, se reía).
Mostróse preocupado
por hallarse cansado
de la vida tan triste de soltero,
pues llega una ocasión en que la tierra
reclama el cuerpo que formó primero,
y nadie con pesar sus ojos cierra.

Muy conmovido, lo mejor que pudo
el tío Juanón, aun con su acento rudo,
por caridad, no más, le dió un consuelo,
diciendo que se hallaba
muy lejos de dejar el térreo suelo,
y le indicó por qué no se casaba.
El vejete marqués, que le veía
ponerse en el terreno que él quería,
exclamó muy humilde y muy contrito:
—Y ¿quién me va á querer? Yo necesito
una mujer así... como María.
—Pues ya la encontrará—le dijo el bueno
del tío Juanón—más ricas, más hermosas...
—Es imposible, sólo encuentro cieno
en donde busco rosas;
tan sólo vuestra hija...—No habléis de esa;
es una pobre y mísera aldeana...
—Que es digna de llevar hoy ó mañana
una noble corona de marquesa,
y... os demando perdón por este exceso
si es que acaso me inflamo,
mas... yo se la daré, pues os confieso
que me muero por ella y que la amo;
así, su mano os pido.
Quedóse tan turbado
el pobre tío Juanón, tan sorprendido,
que hasta después de un trecho bien pasado
no pudo decir nada,
y luego, no pudiendo contenerse,
soltó una estrepitosa carcajada

que á aquellos valles hizo conmoverse.
Entonces al marqués tocó asombrarse,
y en el fondo del alma
sentía haber dejado deslizarse
y no haber conservado alguna calma.
—¿Cómo, qué; no aceptáis?—¡Qué tontería!
Ya podéis figuraros
que siendo mi María
una niña, y que vos, sin agraviaros
debéis andar muy cerca de setenta,
no había de salir un matrimonio
cual la razón ordena;
solamente el demonio
pudiera presidirlo; luego, buena
fuera la cencerrada
que os darían los mozos, señor mío:
desechad esa idea si os agrada,
porque nunca será, que yo os lo fío.

IV

Sólo por un instante
creyó don Lino haber perdido el juego,
pues que sin duda, luego
algo debió pensar, que su semblante
de alegría triunfal echaba fuego.
El demonio le ayuda y le protege
dándole sus consejos al oído,
pues parece indicarle que no ceje,

que con audacia no será vencido:
así, con desenfado,
exclamó aquel malvado:
—Yo quisiera deciros que me engaño,
mas por lo que presumo, vuestra chica
no piensa así: si nó ¿cómo se explica
que sea mi querida hace ya un año?
—¡Imposible!—rugió aquel pobre padre
con una voz de fiera—
¡es mentira, canalla! —Si lo fuera,
¿cómo dentro de poco iba á ser madre?
El golpe fué fatal: el pobre anciano
quiso lanzarse al cuello del bandido,
mas don Lino era fuerte, y con la mano
le tuvo contenido,
y después, con un gesto
le indicó no moverse de su puesto,
diciendo con voz falsa el miserable:
—Mostráos razonable;
es mejor entendernos con razones,
os pido mil perdones...
pero el amor, ya veis, jamás razona
y ved que os he ofrecido
una reparación como es debido,
pues yo le doy mi nombre y mi corona.
Yo la vi tan bonita,
que os juro que no pude contenerme:
es mancha que se borra, y que se quita
si mi nombre le doy, y al ofrecerme
hoy á darle mi mano,

no pienso que me llamen un tirano
que á jóvenes seduce
y las deja en terrible atolladero:
quien cual yo se conduce,
me parece que es todo un caballero.
Ella, que á mí me adora,
sólo piensa en mi amor y con él sueña,
pero temo que ahora
al darle la noticia, no sea dueña
de su razón y acaso desvaríe,
al ver que la fortuna le sonríe:
el porvenir no se presenta negro,
al contrario, rosado es el mañana,
y antes de que transcurra una semana
de un noble millonario seréis suegro.
Hablando de este modo,
mandó se levantara el pobre anciano,
á quien tendió la mano
para ayudarle á alzarse así del todo.

V

Llegaron á la casa y... no queremos
ni describir la escena
que se representó, sólo diremos
que fué terrible, de amargura llena.
Sufrió el padre tormentos indecibles
al notar la extensión de su desgracia,
y aunque Celeste hallábase rehacia

á confesar su culpa, tan terribles
vió las acusaciones
de su padre, instigado
por el genio infernal de aquel malvado,
que, con vacilaciones
propias de la vergüenza que la acosa,
contó la perdición de su recato,
que perdido no está, pues Luis Amato
ante Dios le juró será su esposa.
El relato que hacía,
escuchaba don Lino suspirando,
y á su suegro mirando,
entre dientes decía:
—¡Ya lo pensaba yo; pobre María;
la pobrecilla está desvariando!—
Oyendo replicar la desgraciada
á su padre, que al viejo sólo acusa,
quedóse tan confusa,
que cayó al suelo inerte desmayada.
Después, una reacción se le declara
que por gritos y llantos se traduce:
abomina del sér que la infamara
y de un modo tan bajo se conduce.
Salen los dos; su espíritu se abate,
y perdida la calma
exclama entre sollozos:—¡Luis de mi alma,
tuyo es el sér que en mis entrañas late!—

VI

Encerrados los dos en su aposento
torva la faz y vaga la mirada,
clama el viejo marqués con voz ahogada:
—No sé lo que presiento.....
mas empiezo á temer..... ¡Oh desgraciada!
¿Se habrá de mí burlado?
¿Habrá sido la amante de otro hombre?
Si es así, ¡yo le juro por mi nombre....!
pero nó, porque Dios nos ha enseñado
á perdonar, y perdonarla debo:
¿quién sabe si el mancebo
de quien ella nos habla y que presenta
como al autor del hecho, en quien consiste
y estriba todo el daño, sólo existe
en su imaginación calenturienta?
Nada asustaros, suegro mío, puede;
no he de retroceder un solo paso,
un noble, ante el honor, no retrocede
en su palabra; yo os la di, y me caso.—
El pobre padre en sus instintos buenos
pensaba en su interior: del mal el menos,
pues no era poca suerte
que en un trance tan fuerte
un noble corazón (*ó manga ancha*)
viniera á aparecerse cual llovido

de las nubes, y así con su apellido
escudara y borrase aquella mancha.
Además, el taimado
era, como hemos dicho, interesado,
y no le disgustaba
ver que un hombre tan rico y poderoso,
aunque con asma, canas y gotoso,
á formar parte de su casa entraba.
¡La ambición, la ambición, á cuántos pierde:
cifrando en las riquezas la ventura
no reparan que el áspid, cuando muerde,
envenena una herida que no há cura!
De la madre no hablemos,
aunque es interesada, siempre es buena;
por eso su dolor no profanemos,
pues ya tiene bastante con su pena.

VII

Volvamos á Madrid, que es conveniente
no dejar mucho tiempo en el reposo
y en el *dolce far niente*
á nuestros personajes. Caviloso
y harto apesadumbrado
estaba el pobre Luis, allí sujeto,
sin poder, cual quisiera, hallarse al lado
de su amada Celeste. Es un secreto
presentimiento el que el muchacho tiene
del peligro que corre su adorada;

pero ¿cómo marchar? no le conviene
desmayar al final de la jornada.
Mas como todo llega, el anhelado
día llegó; forjáronse ilusiones
esperando los premios y menciones
que concede el Jurado,
y como sólo importa á mis lectores
la suerte conocer de Luis Amato,
diremos que, tras tantos sinsabores,
obtuvo primer premio su retrato
de la linda aldeana,
en cuya ejecución el alma entera
puso el pintor, y la mención tercera,
Una playa asturiana
á orillas del Nalón. Muy satisfecho
por esta parte, y ya teniendo hecho
el equipaje que llevar pensaba,
tomó el tren para Asturias, que volaba,
aunque él, en su impaciencia,
creía que llevaba
el mismo paso que una diligencia
de esas que, siendo buenos
los caminos, un siglo por lo menos
echaban de Madrid á Zaragoza,
como mil veces me contó mi abuela
de los tiempos en que ella era una moza
más blanca y más derecha que una vela.
Llegó por fin, y su primer cuidado
fué cruzar esos campos tan hermosos,
en que en tiempos dichosos

se sintió de Celeste enamorado.
Miró la añosa encina
al pie de la colina,
bajo de cuya copa se sentaban
con las manos unidas,
sintiendo por sus venas encendidas
el fuego del placer que aún no gozaban.
Vió aquella enorme piedra que á su peso
parece que quería despeñarse,
y ¡ay! no pudo por menos de acordarse
que por primera vez el embeleso
conocieron los dos, al acercarse
para juntar sus labios con un beso.
¡Qué cierto es que no olvida
quien ama, los lugares! ¡Qué egoismo
se siente al contemplarlos: nueva vida
da el recuerdo que siempre nos convida
con un placer igual al placer mismo!
Acercóse á la casa;
quisiera averiguar lo que allí pasa,
pues apenas se nota movimiento;
vacilando un momento
va á entrar en la alquería
para vencer la duda que le aflige,
mas se detiene al ver que ésta se abría;
sale un hombre y al campo se dirige.
Era uno de los mozos: ya no duda
Luis en lo que hacer debe: le detiene,
muy cortés le saluda,
y al fin á saber viene

lo que más le interesa que su vida:
lo ocurrido en los meses de su ausencia.
Lectora, ten paciencia,
porque voy á decírtelo en seguida.

VIII

Contó primeramente
la llegada á la quinta de don Lino,
(y como ya sabemos el camino,
me habréis de permitir que no lo cuente).
Siguió después haciendo referencia
á la fuerte pendencia
que el vejete y el padre sostuvieron
el día que salieron
al campo, desde donde el miserable
conmenzó á hacer el cerco más estrecho
lanzando una calumnia abominable,
que de lleno fué á herir un noble pecho.
El pobre Luis, oyéndolo, temblaba
y un sudor muy copioso
con temblorosas manos enjugaba:
¡el infeliz no en vano presagiaba
que sería el final más horroroso!
No se engañaba: el padre de María
mostrándose inclemente
le dijo al otro día,
que antes de comenzar el mes siguiente,
con el viejo marqués se casaría.

Ruegos, llantos, empeño
de la madre, que al fin la defendiera,
todo fué inútil para que cediera;
que no hay autoridad cual la del dueño.
La infeliz asturiana se maldijo,
quiso matarse... pero si moría
al mismo tiempo, ¿no asesinaría
á su inocente hijo?
Pidió resignación con todas veras
y pensó en la venganza dulce y grata...
¡las madres más pacíficas son fieras
siempre que de sus vástagos se trata!
Los trámites legales se activaron,
cedió la pobre al mísero destino,
y Celeste y don Lino
hacía más de un mes que se casaron.
Como si una centella
hubiera sobre el triste Luis caído
lo mismo se quedó; prevalecido
cual siempre, había su perversa estrella.
—Y decidme, os lo ruego,
los padres ¿dónde están?—En la alquería,
replicóle el labriego,
pues desde el casamiento de María
aquí se han encerrado,
y pienso no saldrán hasta su entierro:
el padre está apenado,
pues ha reconocido ya su yerro,
y doble lo ha sentido,
porque el tieso marido

con que á su hija ha dotado
es, en verdad, marqués y caballero,
mas no tiene dinero,
es decir, es un *título tronado.*
La codicia del padre
con el débil carácter de la madre
están pagando cara,
pues los que antes amara
todo el pueblo, por buenos y clementes,
hoy los odia, al no verlos indulgentes
con la hija que faltara
á sus deberes: claro que ha faltado
Celeste, pero juzgo, aunque así fuera,
que debían haberla perdonado
y no arrojarla así, de esa manera.
Y también se me alcanza
que si hubiesen celado de otro modo
á su hija, con menos confianza,
lo hubieran evitado casi todo.
Porque debo advertirle, aunque el hacerlo
parezca extraño, que aunque ya estuviera
en estado avanzado, para verlo
fué preciso que el viejo lo dijera.
—¿Y dónde vive ahora?
—Casi, casi se ignora,
pero según se cree,
habita en un castillo
que en el pueblo de... *tal,* en un altillo,
sobre unas rocas el marqués posee.

IX

El pintor, impaciente,
más no quiso esperarse, comprendiendo
que si seguía oyendo
hablaría el labriego eternamente.
Dióle gracias, y á poco
detrás de la montaña se perdía,
y al entrarse el gañán en la alquería,
exclamó:—¡Bueno va! ¿Si estará loco?
Y casi loco estaba:
el terreno cruzando
el pobre Luis corría cavilando
en lo que de oir acaba.
¡Celeste se ha casado! ¡Su Celeste,
la reina de su amor, su linda perla!
¡Oh, cueste lo que cueste
no tiene otro remedio, quiere verla!
Y ¿para qué? Su mente se extravía
porque ¿qué va á decirle?
¿No podrá confundirle
diciendo que faltarle no quería,
pero la han obligado
circunstancias contra ella acumuladas?
El la podrá decir que ha mancillado
las promesas sagradas
que en tiempos más felices ¡ay! se hicieron...
que ella dijo, ¡morir y no perderte!

prefiriendo la muerte
á olvidar el amor que prometieron.
¿Sería ella feliz? No era posible:
tenía él en su amor tal confianza
que sólo se le alcanza
como cosa risible
pensar que era dichosa
con vida tal. Se dice que es hermosa,
mas yo encuentro la vida tan horrible,
que el mayor beneficio á los humanos
que nos pudiera hacer, aunque no os cuadre,
á todos nuestra madre,
era al nacer, ahogarnos con sus manos.
De la misma opinión era el artista:
no hay fuerza que resista
sufrir de la desgracia el rudo embate;
se lucha, se combate
con la fiebre tenaz, desesperada
con que se abraza el náufrago á un madero,
mas perdidas las fuerzas, el postrero
instante ve llegado, y de la nada
comienza á caminar por el sendero.

X

Me parece que escucho
que alguien dice me arrogo
un poder indebido al alejarme
del tema: ¡perdonad un desahogo
á un triste corazón que sufre mucho!

¡Soy tan feliz á veces con quejarme!
Volvamos, pues. El día
que estuvo Luis hablando en la alquería
sobre tantos motivos,
una escena, aún más triste, sucedía
en la torre de... (puntos suspensivos).
Era de noche: el cielo encapotado
una fuerte tormenta presagiaba,
y á lo lejos veíase azotado
un castillo, del viento que silbaba.
Descansando en terrible basamenta
de grandes rocas en que se alza fiero
sólo un hilo parece le sustenta,
que al quebrarle la próxima tormenta
va á hundirle en el fatal despeñadero.
Sólo una luz reflejan los cristales
de la última ventana, que parece
la pupila de ciertos animales
que, ocultos en la sombra, fosforece.
Entremos en la estancia: no es preciso
solicitar permiso
del dueño de ella, porque cosa es clara,
que encontrando importuna la visita
á tal hora, es posible lo negara,
y al no solicitarlo, el nó se evita.
La pieza no es lujosa,
pues todo en ella es viejo
y muy lleno de polvo; un solo espejo,
una cama espaciosa
con una colcha antigua pero rica;

varias sillas lisiadas,
colgaduras, alfombras remendadas
y una mesa con frascos de botica.
Un hombre paseando
solamente se ve: de cuando en cuando
aproxímase al lecho,
levanta la cubierta, y satisfecho
al oir una queja
que arroja los dolores incipientes,
se sonríe entre dientes
y silbando se aleja.
De pronto se detiene:
una idea le viene
á la imaginación; vuelve á la cama,
y oye una voz que exclama:
—¡Luis del alma, Luis mío,
socorre á tu Celeste, ó será tarde...
siento calor... me ahogo... siento frío...
el pecho se me arde...
líbrame, ó mátame... yo desvarío...
que pague con su vida ese cobarde
los miles sinsabores
que me causa al cruzarse en mi camino!
Y sonriendo don Lino
exclamó:—Ya comienzan los dolores.
Ahora no estará mal que, por calmarte,
te diga algunas cosas
muy buenas, muy gustosas,
que hasta esta noche no pensé contarte.
Tu no te acordarás, yo sí me acuerdo

de aquella noche en que subí á tu cuarto,
pues por mi mal, conservo tu recuerdo
que sufrir me ha hecho harto.
Si hubieras atendido á mis razones,
no te faltara hoy nada:
estarías casada
con aquel pintamonas de ilusiones,
porque yo, te soy franco, mi querida
(continuó con cinismo repugnante),
se me pasa en seguida
el capricho, y por tanto, en el instante
te hubiera dado suelta,
y al verte ya de vuelta
te hubiera tu familia perdonado,
y Celeste más linda, aunque no esbelta,
con su pintor se hubiera desposado.
Es verdad que te amé, yo no lo niego;
mas desde aquella noche tan terrible
en que tú te burlaste de mi ruego,
me resultas un sér aborrecible.
Deseché la templanza
que hasta entonces seguir me tuvo cuenta,
y pensé en la venganza;
pero en una venganza tan sangrienta,
que aún te parezca poco lo que has hecho
al dejar en mi pecho
una señal con tu puñal malvado...
¿Lo olvidaste? Yo nó: ¡quién se pensara
que una niña tan linda manejara
un arma con tan grande desenfado!

XII

Escuchóse un gemido
de la cama salido,
y soltando una fuerte carcajada,
el malvado exclamó:—¡Eso no es nada
para lo que te espera!
Y con alma de fiera
acercóse en seguida,
y arrancando su ropa, satisfecho
presentóla su pecho
preguntando: —¿Conoces esta herida?
Yo me casé contigo solamente
porque advertí tu estado:
tus padres ¡animales! han cegado
creyendo en tu virtud fervientemente,
pero yo no ignoraba
que el niño es del pintor, Celeste hermosa,
y al casarme contigo, me vengaba,
y créeme, ¡la venganza es tan sabrosa...!
Celeste se moría
sufriendo doblemente aquel tormento;
el suplicio crüento
con que aquel asesino la afligía,
y su trance fatal: su alumbramiento
conoce se acercaba,
y no espera piedad de aquel bandido:
¿qué suerte reservaba
el destino á aquel hijo tan querido?

Desgarrando á pedazos con la boca
la sábana que oculta sus dolores,
piensa en el pobre sér de sus amores,
y sus gritos sofoca.
Llega el trance fatal, lanza un gemido,
retuércese en horribles convulsiones,
y tantas emociones
no pudiendo sufrir, pierde el sentido.
Dos horas más, mortales,
pasaron de esta suerte,
luchando con la muerte
y sufriendo infernales
dolores que la van extenuando
y hacen perder la calma,
siempre á voces llamando
á su Luis de su alma,
que ignora si es que acaso la ha olvidado:
lanza de pronto un grito,
acércase el maldito
y ve la realidad: ¡todo ha acabado!

XIII

—Ya verás, orgullosa,—
exclama el asesino—
la vida tan dichosa
que vas á disfrutar junto á tu Lino:
mas ya comprenderás que si queremos
ser felices del todo,

es preciso que estemos
solos completamente; de este modo
yo no tendré delante de mi vista
á este sér tan odiado
que me recuerda siempre tu pasado,
pues bien comprenderás no hay quien resista
ni conserve en su casa
ese eterno baldón de sus blasones
que, aunque por mío pasa,
esas no son razones
para que yo le sufra; conque, hermosa,
al fin comprenderemos
cuanto vale el hacer la desdeñosa:
dame la criatura y acabemos.
La escena que siguió no tiene nombre:
ni aun el salvaje mismo
cometiera acto tal de vandalismo,
porque vióse á aquel hombre,
que llamarse debiera
la más horrible fiera,
arrojarse de un salto sobre el lecho
en que la desgraciada fallecía
oprimiendo ¡infeliz! contra su pecho
al sér, cuya defensa pretendía.
¡Era el intento vano!
El monstruo la atacaba con fiereza,
y apretándola el cuello con su mano,
consiguió aquel tirano
asir de la criatura con rudeza.
Y lleno de alegría

soltó su presa y exclamó:—¡Ya es mía!
Lo quiere tu destino,
¡dormirás en el sueño del mañana!
Y escuchó al dirigirse á la ventana
una voz que decíale:—¡¡Asesino!!
Mas él, sin hacer caso,
adelantando el paso
desprendió como pudo la manita
que tendía á su cuello la criatura,
y exclamó con voz dura:
—¡Sér de raza maldita,
en tí me vengo, porque soy potente:
maldito seas; manchas cuanto tocas:
el fondo de estas rocas
te servirá de tumba eternamente!
Y elevando sus brazos,
con el rostro sombrío del cinismo,
soltó la criatura, que pedazos
debió hacerse en el fondo del abismo.

XIV

Un relámpago el cielo esclarecía,
y un trueno formidable, sobrehumano,
resonó, pareciendo que decía:
—¡Caín!, ¿qué es lo que has hecho de tu hermano?
Oyóse luego un grito,
y volviendo asustado la cabeza,
observó aquel maldito

que, abriéndose una puerta de la pieza,
adelantó severo
un cuerpo, que le asombra,
y que pensó al mirarle, envuelto en sombra,
el juez, ser, de malvados, justiciero.
Era Luis que llegaba
ya demasiado tarde:
¿cómo en aquel recinto se encontraba?
Ni aun él mismo lo sabe, pero arde
en deseos terribles de venganza,
pues su poder alcanza
á pedir á don Lino estrecha cuenta
de la vida terrible y azarosa
de su hijo y de su esposa,
para luego tomar una sangrienta
represalia, según es su derecho
y conforme quisiere,
pues piensa, para verse satisfecho,
que aquel que á hierro mata, á hierro muere.
Celeste abrió sus brazos,
y con el corazón hecho pedazos
refirióle sus penas,
más llorando que hablando: las escenas
de que víctima fuera
desde que la calumnia el asesino
contra ella lanzara,
haciéndola la esposa de don Lino,
de aquel sér que ella tanto abominara,
terminando con hipo acelerado,
pues ya cerca se mira de la fosa:

—¡No tengas compasión de ese malvado,
venga, Luis, á tu hijo y á tu esposa!
Con el alma transida
por el dolor que le traspasa, éste
vuelve loco á abrazar á su Celeste,
mas, ¡sólo abraza un cuerpo ya sin vida!
En noble indignación su pecho arde:
va á castigar á aquel que le ofendía...
le busca, mas... la estancia está vacía.

. . . . . .

¡Don Lino, cual malvado, era cobarde!

EPÍLOGO

No muy lejos del sitio de mi cuento,
pasados muchos años, existía
un antiguo convento,
cuyo nombre no invento
porque no nos importa cuál sería.
Era el tal, de unos frailes capuchinos,
unos santos varones
adorados de aquellos campesinos,
pues jamás recorrieron los caminos
sin dejar, ya recursos, ya oraciones.
El día que refiero,
acercóse á la puerta,
que siempre, aunque cerrada, estaba abierta
á todo pasajero,
un moreno muchacho
(moreno por la falta de lavado),
despierto y vivaracho,
que apenas con su paso acelerado
ni respirar podía libremente:

al pisar el umbral, inútilmente
se esfuerza por llegar á la cadena
que al lado de la puerta se veía
y que correspondía
al cuarto-portería, donde suena
un esquilón muy grande, formidable,
que así y todo resulta muy pequeño,
pues el lego portero es muy amable
y muy bueno, y muy santo, es indudable,
mas... resiste tan poco contra el sueño...
Pues bien, el pequeñuelo era, sin duda,
filósofo á su modo, y no se arredra
por un escollo; así, de intento muda,
y dejando tarea que es tan ruda,
agarra con dos manos una piedra,
que ésta ya no es tan larga
ni resiste á lo corto de sus brazos,
y contra aquella puerta la descarga
que parece va á hacerla mil pedazos.
¡Aunque estuviera sordo,
bien lo oiría el portero del convento!
Así fué que al momento
asomóse á la puerta un cuerpo gordo,
armado de cabeza muy pelona
y una cara con ojos de marmota,
que dijo en voz chillona:
—¿Qué te ocurre? ¿Tú crees que se alborota
de ese modo el reposo de esta casa?
Vamos, dime, rapaz, ¿qué es lo que pasa?
—Hermano, siento mucho molestarle,

mas ha llegado á casa un caballero
diciendo ¡yo me muero!
y quisiera que fuese á confesarle
un padre, si es posible:
este es, pues, el recado
que mi padre me ha dado.
—Al guardián lo diré, que disponible
está el auxilio para quien lo quiera.
Y cerró con enfado,
pensando que su sueño le han cortado,
y el rapaz emprendió veloz carrera.
Poco tiempo después, á la posada
acercóse con paso acelerado,
la capucha calada,
un fraïle á redimir de su pecado
al pobre moribundo
que se aleja del mundo.
Era éste ya muy viejo,
tanto, que sólo huesos y pellejo
parece que tenía:
las órbitas salientes,
los ojos enterrados; de los dientes
sólo el sitio existía.
—Padre—empezó—sintiéndome cercano
al instante postrero,
ruego á Dios no me deje de su mano,
pues morir en su gracia sólo quiero.
La vida que hoy desprecio y abomino
sólo la supe usar haciendo daño:
¡quizá os parezca extraño

que os diga que yo soy un asesino!
Yo amé á una joven bella,
cual la más linda y reluciente estrella,
mas no me pude ver correspondido
porque de otro era amante;
pero ¡ay, padre! no obstante,
conseguí ser más tarde su marido;
mas debo confesar, que solamente
me casé por vengarme; fuí inclemente
con ella, ¡desgraciada!
¡Porque yo no sabía, cual sé ahora,
que una mujer honrada
su cuerpo entero entrega al sér que adora,
mas por nadie lo vende ni por nada!
¡Ay! y cuánto he llorado
pensando... mas la vida me abandona...
Terminaré... Si Dios no me perdona,
tampoco ella ¡ay de mí! me ha perdonado.
Es terrible, en verdad, lo que refiero,
y es natural, Dios mío, si me aflijo...
no contento con eso, ¡yo á su hijo,
malvado, le arrojé á un despeñadero!
¿Tembláis, padre, verdad? No habréis oído
un crimen semejante...
aquella carne estaba palpitante,
mas era hijo del sér aborrecido,
y yo me hallaba ciego;
le odiaba mucho y confié en mi suerte,
no pensé en el castigo, pero luego
tuve miedo de Dios y de la muerte.

¡Os demando perdón, por Dios lo pido,
comprended el suplicio tan cruento
que viviendo he sufrido;
al encontrarme enfermo, yo he querido
morir en el lugar de su tormento,
mas Dios no quiere que hasta el sitio llegue
en que Satán me indujo con su ciencia:
sed vos mi intercesor, al cielo plegue
que El me acoja en su gran omnipotencia.
Al ver que terminaba,
dijo el fraile con voz entrecortada:
—Grande es vuestro pecado,
pero Dios es tan bueno,
que dispuesto se encuentra, y en su seno
siempre acoge al malvado.
Y aunque vergüenza os cueste,
¿me podríais decir, eso no obstante,
el nombre de... la niña y de su amante?
—Se llamaba Celeste,
y el nombre del querido
era Luis, un pintor muy conocido.
—¿Y no habéis vuelto á verlos?—Nó, por cierto;
del pintor nada sé, pero es notoria
cosa, que yo la tengo por historia
y no por cuento, que Celeste ha muerto.
El fraile entonces á la puerta escucha;
reina el silencio por un breve rato,
lentamente se baja la capucha...
—¿Me conocéis? exclama.—¡¡Luis Amato!!
—¿Os acordáis?—¡Perdón!—¿Y mi María,

qué has hecho de mi esposa,
qué has hecho de aquel sér que yo quería
y mandaste á la fosa?
Devuélveme la pobre criatura
que era mi amor, bandido,
aun sin jamás haberla conocido...
¡les abriste á los dos la sepultura!
¿Y aún me pides perdón? Es imposible
tu deseo risible...
¡Cómo he de perdonarte, si has matado
todas las ilusiones
que me había forjado?
¿Cómo quieres que acalle las pasiones
que me hacen padecer como padezco?
—¡Oh, no me abandonéis, por Dios, oídme,
es el justo castigo que merezco;
mas, padre, yo fallezco,
en el nombre del Alto, bendecidme!
—¡No puede ser...! mas Dios, mi lengua impía
vuestro sagrado nombre está execrando,
á Vos, que sucumbisteis perdonando...
—¡En nombre de María!
El padre Luis entonces, de rodillas,
pidió al cielo valor y fortaleza:
cuando alzó la cabeza
tenía humedecidas las mejillas,
y con humilde tono
levantando su diestra, dulce dijo:
—¡Pecador, te bendigo y te perdono
en el nombre del Padre, en el del Hijo...

Aquella misma noche, en ronco acento,
clamaba la campana del convento
por el padre fray Luis, que ha aparecido
en su lecho tendido.
Rodeándole el guardián y los hermanos
trataron de quitarle de las manos
nó un crucifijo, que éste
se encontraba colgado en su cintura,
sino una miniatura
preciosa de mujer, de su Celeste.
Era una copia exacta del retrato
que en tiempos de ilusiones había hecho:
¡No ha querido morir el pobre Amato
sino con su Celeste sobre el pecho!
Entonces el colegio
exclamó en roncas voces:—¡Sacrilegio!
Solo el padre guardián, que conocía
los amores de Luis y de María,
entonó el *De profundis,* triste canto
que todos repitieron,
y exclamó cuando aquéllos concluyeron:
—¡El padre Luis, hermanos, era un santo!

ÍNDICE

Páginas.

DOS PALABRAS. 5

CANTO PRIMERO: Historia de unos amores..... 9

CANTO SEGUNDO: Un miserable. 33

CANTO TERCERO: ¡Tarde!... 57

EPÍLOGO..... 83

COLOFÓN..... 93

Acabóse de imprimir este libro á expensas del Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros, en la Imprenta Ducazcal, el día 15 del mes de Enero del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1904.

3 0112 115864438